



Atlas de la poesía argentina
EUGENIA STRACCALI Y BRUNO CRISORIO (COORDS.),
CON ILUSTRACIONES DE FEDERICO RUVITUSO
La Plata, EDULP – Editorial de la Universidad de La Plata, 2017, 372 pp.

reseña de Giuliana Calabrese

Los diccionarios etimológicos explican el significado de la palabra “desastre” a través de la literal expresión “sin astros” y muy a menudo enriquecen la definición con la descripción de un cataclismo estelar debido al cual una estrella se disgrega en múltiples direcciones hasta desaparecer de la vista. Asimismo, el término puede hacer referencia a un anómalo alejamiento entre sí de cuerpos celestes que hasta cierto momento han guardado una regular distancia. A nivel metafórico, el desastre puede interpretarse por lo tanto como subversión y apertura de sentido; es dentro de esta fractura donde los poetas reunidos en el *Atlas de la poesía argentina* intervienen para trazar un mapa de dicha dispersión. Siguiendo esta propuesta tanto etimológica como metafórica, Eugenia Straccali y Bruno Crisorio han armado un auténtico y ambicioso atlas en un proyecto que reúne a más de veinte poetas argentinos actuales, insertándolos en la estela milenaria de la potencia poética entendida e inaugurada como mirada al cielo.

«El mapa completo de la poesía argentina es, sencillamente, imposible. La poesía solo puede leerse como una constelación actual: como imagen, no como original, relampaguea un instante para luego desaparecer y no ser vista nunca más» (24), se afirma en la profunda introducción que precede la selección antológica. Y esta propuesta de instantánea es la que se refleja en el libro: proponiendo una respuesta al interrogativo sobre la necesidad para la poesía

de seguir los principios historiográficos – que se añade a la también perenne reflexión acerca de las antologías–, el *Atlas* armoniza las poéticas con una atención al «temblor sísmico de la historia» (13), pero también se aleja de la línea cronológica como única forma de legitimizar el presente, puesto que el poema, según las palabras de Octavio Paz recuperadas por los dos coordinadores, «no detiene el tiempo: lo contradice y lo transfigura» (*ibídem*).

Las realidades poéticas del florilegio son sí históricas, en la acepción testimonial de apertura radical a la historia, pero las trayectorias celestes que se conforman son entendidas sobre todo como imágenes instantáneas de vínculos siempre sometidos a la contingencia: los poetas antologados –Osvaldo Aguirre, Alejandra Correa, Laura Wittner, Juan Carlos Moisés, María Urrutia, Julián Axat, Héctor Piccoli, Susana Cella, entre otros– encuentran su voz y establecen sus afinidades desentendiéndose de mapamundis terrestres; la realidad poética que se recoge en el libro, levantando su mirada al mapa celeste, da cuenta de las bifurcaciones creativas y de los caminos omnidireccionales que cada poeta está recorriendo, formando su propia constelación. Se trata de trayectorias que reflejan no solo la conexión entre poéticas actuales, sino también los vínculos que cada autor establece con la tradición, argentina y mundial: «estará incólume tu don, Mallarmé: / blanquísimo plumón equidistante / a la vez del titánico piélago tangible / como de

ese Abismo desvarado / en la futilidad de la palabra», escribe por ejemplo Ángel Oliva (101). O incluso el eco de los lejanos versos de Gonzalo de Berceo resuena en el poema encabezado por «“Oscura es la palabra” / que ilumina nuestra noche», de la prometeica voz de Alberto Szpunberg (268).

La conexión histórica, sin embargo, no puede concebirse en este *Atlas* sin el fuerte componente iconológico que también nos habla de la “visibilidad” del mundo, según las propuestas teóricas de Benjamin; así que la antología se enriquece además con la cuestión de la memoria poética en imágenes, junto a las estupendas y personalizadas ilustraciones “astronómicas”, casi zodiacales, de Federico Ruvituso que abren el apartado dedicado a cada poeta. Como recuerdan Straccali y Crisorio, cuando Abraham Moritz Warburg en 1905 propone un método de investigación sobre la memoria y las imágenes con su *Bilderatlas Mnemosyne*, un “Atlas de imágenes de la memoria”, asimismo está abriendo un nuevo espacio para pensar la historia de la poesía. Citando a Didi-Huberman, la obra de Warburg «despliega [...] la capacidad de producir, mediante encuentros de imágenes, un conocimiento dialéctico de la cultura occidental» (14) y por esto la poesía puede afirmarse como testimonio de la imaginación y de la memoria: «el poeta retoma todo aquello que en el presente toma un estatuto ontológico precario, lo que estaba presente pero ausente (los restos, las ruinas [...]), y lo actualiza en signos alegorizados» (17). Recuperando el espíritu oriental, por lo tanto, los poetas como sujetos históricos no se asustan ante el “desastre”, ante el hipotético vacío, sino que lo conciben como infinidad de posibilidades, de navegables constelaciones de vínculos y de sentidos, incluso por ese mapa de la cartografía argentina que señala por dónde deambulan los muertos sin tumba, como se puede apreciar por ejemplo en los versos de Julián Axat.

En el *Atlas* no se rechazan categorizaciones como la de generación poética, de campo literario, ni etiquetas que reúnen tendencias creativas, pero el lector podrá notar cómo el intento de este libro –o in-

cluso “librújula”, ya que se trata de una navegación astronómica– es mostrar la contingencia y la inestabilidad de dichos criterios con los que normalmente se arman las antologías, dirigiéndose en cambio hacia el objetivo de retener la memoria y hacer posibles (y evidentes) los vínculos entre una y otra constelación, ya que «cada estrella puede a su vez formar otras figuras innumerables [latentes e insospechadas], y que el espacio que media entre ellas no es el mero vacío» (23).